Sección internacional

ASUNTOS GENERALES

CEE: débil recuperación y grandes desacuerdos

Después de dos años de estancamiento, hay manifestaciones de repunte económico en Europa Occidental. El Instituto Nacional de Investigación Económica y Social (INIES), del Reino Unido, calcula que la expansión económica europea será de 3.3%, pero el desempleo no disminuirá, precisamente porque se incrementará la productividad. Según el informe, hay una especie de agotamiento del capital, dado que de hecho no existen inversiones. En el período 1973-1983 la tasa anual promedio de inversión fija fue de − 0.5%, contra una tasa positiva anual equivalente a 6% durante el decenio de los sesenta y en los primeros años de los setenta.[1]

Una silente reactivación

Desde principios del decenio de los setenta hasta la primera crisis del petróleo, en 1973, el promedio de crecimiento de Europa Occidental fue menor que en Japón, pero mayor que en Estados Unidos y tuvo una marcada estabilidad. En efecto, si se divide ese período en dos subperíodos, 1960-1968 y 1968-1973 la tasa de crecimiento de la CEE fue de alrededor de 4.5%. En Estados Unidos fue de más de 4.5 y 3.5 por ciento, respectivamente, mientras que en Japón fue de 11 y 9 por ciento. De 1973 a 1979 el crecimiento económico de la Comunidad perdió fuerza relativa y con un promedio de poco más de 2.5% se situó por debajo de Estados Unidos y Japón. La situación volvió a repetirse en 1979-1983: la expansión anual de menos de 0.5% sigue siendo más baja que la de esos dos países.[2]

Conforme a los datos anteriores, que provienen de la OCDE, la recuperación europea apenas iniciada tiene mucho menos fuerza que la de Estados Unidos y Japón. La expansión europea se estimó en 1% para 1983 y quizá pueda ascender a 1.5% en 1984 y a 1.75% en el primer semestre de 1985. En similares períodos la expansión estadounidense sería de 3.5, 5 y 3 por ciento, la de Japón de 3.4 y 3 por ciento y la de los 24 países que integran la OCDE de 2.25, 3.5 y 2.5 por ciento. En Europa, la expansión alemana occidental sería de 1.25, 2 y 2.25 por ciento, respectivamente.

Aunque la intensidad de la inflación disminuyó considerablemente en 1982 y 1983 en los países industrializados, se espera cierto resurgimiento en 1984 y 1985, asociado con una economía más expansiva. Según la OCDE, la inflación estadounidense, que habría sido de 4% en 1983, se elevará a 5.25 y 5.75 por ciento en el presente año y en 1985. Para estos mismos años, la tasa inflacionaria de Japón sería de 1.5, 1.5 y 2.25, la de los 24 países de la OCDE de 5.5, 5.5 y 5.75, y la de la RFA de 3, 3.25 y 3.5. En cambio, en los países que en los últimos dos años han experimentado una inflación más alta que el promedio de la OCDE (como Francia, Italia y Canadá) o en aquellos en que la política antiinflacionaria ha sido exitosa, como el Reino Unido, la tasa de aumento de los precios seguirá disminuyendo. Un promedio estimado del grupo formado por esos cuatro países da 8.75 para 1983, 7.5 para 1984 y 6.5 para 1975.

El desempleo seguirá su marcha ascendente en Europa y Japón. En la primera, a partir de los altos niveles actuales (la OCDE estima 10.5% en 1983, 11.25% en 1984 y 12% en 1985) y en Japón, tomando en cuenta los bajos niveles del presente (1983 y 1984, 2.75%; 1985, 3%). En Estados Unidos, en cambio, la tasa anual de desempleo disminuiría, considerando que en la actualidad es elevada: 9.5, 8 y 7.75 por ciento, respectivamente. En promedio, en los 24 países de la OCDE, la desocupación se mantendría estable en 9%, como resultado de la tendencia ascendente en Europa y Japón y de la descendente en Estados Unidos.[3]

En noviembre de 1983 existían en la CEE 12.3 millones de desocupados, que representaban 10.6% de la fuerza de trabajo. Este porcentaje había crecido levemente con respecto a octubre, mes en que era de 10.5%, y bastante más con relación a noviembre de 1982 (10%), e implicaba una fuerza laboral sin colocación de 11.6 millones de personas. La situación laboral en los diez países que integran la Comunidad era la siguiente, empezando por los más afectados: a Irlanda correspondía el porcentaje más alto de desocupados (15.7%, contra 13.4% en noviembre de 1982); le seguía Bélgica, con 15% (14.1% un años antes); Holanda no contaba con datos disponibles en el momento de obtenerse la información, pero en noviembre de 1982 tenía desocupada 13.1% de la fuerza de trabajo; Italia, con 2.8 millones de desocupados, presentaba una tasa de desempleo de 12.4% (11.3% un año antes); Gran Bretaña, con 3.1

1. Véase "Europa se recupera pero creció menos de 1% durante 1983", en *Excélsior*, México, 23 de diciembre de 1983.

2. Véase Anatole Kaletsky, "West Europe's Economies Sink-or-swim-together", en *Financial Times*, Londres y Francfort, 5 de diciembre de 1983.

3. Véase "Aventaja Estados Unidos a Europa en producción y empleo: OCDE", en *Excélsior*, 26 de diciembre de 1983.

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

millones, tenía 11.9% (11.8%); Dinamarca tenía una tasa de 10.1% contra 9.2% un año antes; Francia, 2.2 millones y una tasa de 9.7% (9.5%); la RFA, con igual cantidad de desocupados, pero con una tasa de 8.1% (7.6%). Los dos países con menor desocupación registrada fueron Grecia (1.9% contra 1.7% un año antes) y Luxemburgo (1.8% contra 1.5%).[4]

En términos generales, puede afirmarse que en Europa no hay confianza en la vuelta a una situación de rápido crecimiento económico y menos aún a las condiciones de pleno empleo. Tampoco se confía en que Europa pueda dar una respuesta adecuada a la competencia de Estados Unidos y Japón, y es posible que ese convencimiento haya influido mucho en el resultado completamente insatisfactorio de la última conferencia en la cumbre, celebrada en la primera semana de diciembre pasado en Atenas.

La "locomotora" estadounidense

El INIES, del Reino Unido, estimó que el ritmo de crecimiento de Estados Unidos fue de 7.9% en el tercer trimestre del año pasado, y que la recuperación seguirá siendo fuerte, a tal punto que 1983 habría podido registrar un crecimiento de 3.3%, que se elevaría a 5.4% en 1984. Como pudo verse en los párrafos anteriores, la OCDE tiene un cálculo levemente más optimista para lo ocurrido en 1983 (3.5%) y algo más moderado para 1984 (5%). Algunos analistas, por su parte, creen que la expansión perderá fuerza cuando decline el impulso del gasto del consumidor. La OCDE espera cierto debilitamiento de la recuperación en 1985, año para el cual pronostica un crecimiento de 3 por ciento.

A fines de diciembre pasado, el Departamento de Comercio de Estados Unidos estimó que el crecimiento económico real en el cuarto trimestre de 1983 sería de 4.5%, lo que representa un sensible debilitamiento frente a la dinámica del segundo y del tercer trimestres. En efecto, según la misma dependencia, Estados Unidos experimentó una expansión de 2.6% en el primer trimestre del año pasado, de 9.7% en el segundo trimestre y de 7.7% en el tercero. El aumento que se habría registrado en el PIB, según fuentes oficiales y cálculos efectuados al final del año, oscilaban de 3.3 a 3.5 por ciento, vale decir, una expansión similar o levemente menor a la calculada por la OCDE. De esta manera, en 1983 se habría registrado una expansión neta considerable de la economía estadounidense, en comparación con la caída de 1.3% experimentada en 1982. La recuperación, como ya señaló *Comercio Exterior*,[5] comenzó a fines de dicho año.

El Departamento de Trabajo calculó que en noviembre pasado los precios al consumidor crecieron 0.3%. El cálculo oficial es que la inflación en 1983 habría sido de 3.8% (un dato levemente más favorable que el emitido por la OCDE a fines de diciembre, que lo estimó en 4%). La pequeña diferencia es importante para compararla con la inflación de 1982, que fue de 3.9%. Según la estimación estadounidense habría una pequeña mejora; conforme al cálculo de la OCDE, un pequeño agravamiento. El pronóstico es que la recuperación, impulsada por los consumidores, se mantendrá durante el presente año, en que el PNB se incrementará de 4 a 5 por ciento. Según cálculos oficiales, la inflación en 1984 se ubicará en 5 a 6 por ciento y el desempleo en 8%.[6] Con respecto a la OCDE, las estimaciones estadounidenses son levemente menos optimistas en materia de crecimiento económico e inflación y similares en lo que atañe al desempleo.

El *Financial Times* expresó en un comentario que la recuperación estadounidense está apoyada en realidad en el déficit fiscal, y que a pesar de ello existen pocos signos de que haya un resurgimiento inflacionario. Dicho comentario señalaba con cierta mordacidad que si Estados Unidos fuera examinado por el FMI con el rigor con que la administración de Ronald Reagan desea que se expongan las dificultades de los países subdesarrollados, la entidad internacional tendría que dar un informe adverso y Estados Unidos no estaría calificado para recibir asistencia.[7] La comparación es bastante formal, porque Estados Unidos posee la moneda nacional de mayor aceptación internacional y, por consiguiente, sus déficit presupuestarios o de cuenta corriente generan una moneda absorbida por el resto del mundo, o bien el país atrae capitales manteniendo altas tasas de interés y una moneda sobrevaluada. John Williamson, del Washington Institute for International Economics, calcula que esa sobrevaluación es de alrededor de 20%. Según el *Financial Times*, el elevado déficit fiscal dará por resultado una recuperación más centrada en los servicios, los bienes no duraderos y las industrias vinculadas con la defensa, en perjuicio de la producción de bienes de capital, las construcciones, las industrias de exportación y las industrias que compiten con la importación, debido a que el déficit, por medio de la alta tasa de interés, eleva el precio del dólar. El mismo articulista llega a la conclusión de que, para hacer frente a su déficit en cuenta corriente, Estados Unidos necesita atraer capitales por un monto equivalente a los 60 000 millones de dólares anuales y que si esa corriente se interrumpiera, el dólar se depreciaría. El periódico hace, al respecto, una comparación con México, que antes de 1981 atrajo capitales con altos déficit y elevadas tasas de interés, pero, como en el ejemplo anterior, hay que tomar en cuenta las particulares características de ambas economías, que no permiten establecer una similitud tan simple.

El periódico londinense recoge la impresión de que las elevadas tasas de interés estadounidenses terminarán por abortar la recuperación.[8] El déficit presupuestario de Estados Unidos, que se mantendrá en una magnitud de alrededor de 200 000 millones de dólares por año, tiene cada vez un carácter más estructural, por lo que podría proseguir en forma indefinida. En 1983, dicho déficit alcanzó 6% del PNB.

Martin Feldstein, presidente del Consejo de Asesores Económicos del Gobierno de Estados Unidos, afirma, en conflicto con el Departamento del Tesoro, que el déficit presupuestario eleva la tasa de interés y el precio del dólar en los mercados cambiarios y que por esos motivos afecta a las industrias de exportación y a importantes actividades internas, como la industria de la construcción (por las elevadas tasas de interés), y que dichos efectos pueden trasladarse a otras ramas de la economía y perjudicar la recuperación.[9] Feldstein señala precisamente el carácter cada vez más estructural del déficit, que sería su aspecto más peligroso. El jefe de los asesores afirma que, a mediados del presente decenio, dicho déficit será íntegramente estructural, contra menos de 50% en el año fiscal de 1983. En 1984, el déficit estructural ya podría representar 6% del PNB.[10]

4. Véase "Se incrementó 1.4% el número de los desempleados en Europa Occidental", en *Uno más Uno*, México, 27 de diciembre de 1983.

5. Véase "Estados Unidos. El futuro de la recuperación", en *Comercio Exterior*, México, vol. 33, núm. 10, octubre de 1983, pp. 943-949.

6. Véase "Al terminar el año EU habrá crecido a un ritmo de 3.5%", en *Excélsior*, 23 de diciembre de 1983.

7. Véase Samuel Brittan, "US deficits still matter", en *Financial Times*, 23 de noviembre de 1983.

8. *Ibíd.*

9. Véase Stewart Fleming, "$200 bn. deficit spectre paralyses US police makers", en *Financial Times*, 11 de noviembre de 1983.

10. Véase Samuel Brittan, *op. cit.*

El déficit absorbe ahorros y reduce la formación de capital, aunque una parte de esos ahorros está constituida por capital proveniente del exterior. Por los efectos ya considerados sobre la tasa de interés, el déficit cada vez más estructural terminaría por reducir la dinámica del crecimiento. La experiencia estadounidense parece indicar que, por lo menos a corto y a mediano plazos, los efectos del déficit en el crecimiento pueden quedar contrarrestados por la política monetaria. Por lo contrario, la inflación en ese caso estaría más inducida por una política monetaria más flexible, en caso de que se deseara contrarrestar el alza de las tasas de interés. En julio de 1983, y a pesar de que la inflación había disminuido, el crecimiento anual de M_1 era del orden de 13.5%: en esos momentos, la recuperación económica había alcanzado un ritmo particularmente rápido y en muchos sectores se temía un resurgimiento de las expectativas inflacionarias. Al mismo tiempo, el déficit fiscal, en términos de relación con el PNB, crecía aceleradamente.

Debe tenerse en cuenta que Estados Unidos financia su déficit fiscal y su balanza deficitaria en cuenta corriente con aportes externos de capital, que el déficit presupuestario impulsa momentáneamente la expansión, que la atracción de capital para financiarlo eleva las tasas de interés y que éstas limitan la recuperación en otros países, particularmente en los subdesarrollados. Por todo lo anterior puede concluirse que la recuperación estadounidense está financiada en alguna medida por el resto del mundo, incluso por los países subdesarrollados, cuyo aporte —por vía de la fuga de capitales y por el perjuicio que en su crecimiento interno ocasionan las tasas de interés— dificulta su propia recuperación.

Las relaciones entre la CEE y Estados Unidos plantean dificultades muy serias y difíciles de resolver, a tal punto que siempre existe el peligro de que se desate una verdadera guerra comercial. El 9 de diciembre último, en Bruselas, se realizaron conversaciones sobre comercio y economía y no hubo acuerdo. Estados Unidos lleva a cabo una campaña contra los subsidios que otorga la CEE a su agricultura, dado que si éstos se eliminaran, Estados Unidos podría exportar parte de sus excedentes a la Comunidad y no encontraría la competencia de algunos productos agrícolas europeos subsidiados en los mercados del Tercer Mundo. Estados Unidos se opone a la política europea de aplicar tasas sobre aceites y grasas consumidas en la CEE y desea que la Comunidad reduzca sus importaciones de sustitutos de cereales. En las conversaciones de Bruselas, la CEE y Estados Unidos estuvieron de acuerdo en la necesidad de que se reduzcan los gastos europeos en la agricultura, pero este propósito no quedó definido en la reunión cimera de la CEE celebrada en Atenas.

El conflictivo comercio entre la CEE y Estados Unidos es de unos 90 000 millones de dólares anuales. Con todo, en 1983 las disputas fueron menores que en 1982. Se está discutiendo la regulación del comercio del acero y ya no existe la disputa sobre el gasoducto eurosiberiano, que empezó a funcionar. Las diferencias entre uno y otro lado del Atlántico se refieren a la agricultura, las tasas de interés y el dólar sobrevaluado.[11]

Las diferencias económicas no son las únicas, dado que también hay puntos de vista marcadamente divergentes en los conflictos que existen en diversas partes del mundo, entre ellos el Cercano y Medio Oriente. Por su parte, Europa tiene graves discrepancias internas. Con respecto a Estados Unidos, en este momento Europa tiene poco que ofrecer, debilitada como está por las disensiones internas y por una lenta recuperación. Entre los países europeos, el Reino Unido es el que más acuerdos tiene con Estados Unidos, a pesar de que las relaciones entre ambos países han sido más frías últimamente. Asimismo, la Gran Bretaña tiene mejores perspectivas económicas relativas, aunque si el continente permanece en una situación de recuperación poco sólida, se terminaría perjudicando, porque poco más de la mitad de las exportaciones británicas tienen ese destino.[12]

Japón, Canadá y el Tercer Mundo

Japón se encuentra en una firme recuperación económica, aunque no ha vuelto a las altas tasas de expansión del pasado. En febrero de 1983 comenzó la fase de recuperación; en ese momento, el indicador general de la producción era de 113.2 (que se debe comparar con el de 119.7 en febrero de 1980, cuando comenzó la recesión, finalizada hace cerca de un año). Para el año fiscal que se iniciará el 1 de abril de 1984 el Gobierno estima que el PNB crecerá 4%. La expansión se basa en el mayor dinamismo de la demanda interna y en el buen ritmo de las exportaciones, que proporcionan un elevado saldo positivo en la balanza comercial. También existen graves fricciones comerciales con Europa Occidental y Estados Unidos. Este último país igualmente presiona a Japón para que adopte una política agraria más liberal. El ímpetu exportador japonés es un motivo de discordia con los otros grandes centros del capitalismo industrializado. Para que las diferencias fueran menores se necesitaría que se afirmara la recuperación y se incrementara la demanda interna, de tal manera que, a la vez que se asegurase la reactivación mundial, se elevaran las importaciones provenientes de Estados Unidos y la CEE.[13]

Canadá es otro país industrializado cuya recuperación es importante para la reactivación del centro. A partir del segundo trimestre del año anterior se observó una recuperación relativamente ligera, que se extendió a los siguientes trimestres del año; no obstante, a pesar de la mejora en las ganancias, se notó un empeoramiento del gasto de consumo en el transcurso del tercer trimestre de 1983, lo que contribuyó a debilitar el dinamismo de la economía. En el primer semestre del año anterior, el PNB se acrecentó a una tasa anual de 7.5%, pero los cálculos para el segundo no pasaban de 5.5%. El debilitamiento de la tendencia expansiva continuará el presente año, dado que se pronostica un incremento de 4.5 a 5 por ciento para todo el año, de tal manera que en la segunda mitad dicho impulso podría descender a 3.5%. Aunque la recuperación en las ganancias se estima importante, éstas todavía sólo representan 8% del PNB en relación con el nivel histórico de 11% por ciento.[14]

Un grave problema para la reactivación europea es el retroceso del Tercer Mundo. Como se sabe, el corte de las importaciones procedentes de los países industrializados es muy grande, debido a que los recursos en moneda dura deben utilizarse para el pago de la deuda. Según datos del FMI y del Morgan Guaranty Trust, en cada caso, país por país, el total de la deuda externa representaba valores similares a lo siguiente: 424% de las exportaciones de Argentina, 359% de las de Brasil, 331% de las de Perú, 290% de las de Chile y 275% de las de México. Esas deudas por países, a su vez, equivalían a 90% del PNB chileno, 65% del peruano, 61% del mexicano, 60% del filipino, 55% del sudcoreano, 53% del argentino y

11. Véase Paul Cheeseright, "EEC trade talks with US falter", en *Financial Times*, 10 de diciembre de 1983.

12. Véase "Allied, but an ocean apart", en *Financial Times*, 10 de diciembre de 1983.

13. Véanse "Firme, la recuperación económica de Japón: Agencia de Planificación", en *Uno más uno*, 27 de diciembre de 1983, y "Crecimiento de 4%, objetivo de Japón para 1984", en *Excélsior*, 29 de diciembre de 1983.

14. Véase Nicholas Hirst, "Canadian recovery begins to lose momentum", en *Financial Times*, 25 de noviembre de 1983.

43% del brasileño.[15] Los siete mayores países deudores de América Latina tuvieron un saldo comercial positivo de 13 500 millones de dólares en 1982 y de 28 000 millones en 1983, lo que requirió una drástica caída en las importaciones que afecta a la industria europea y estadounidense de exportación. En los primeros seis meses de 1982 las exportaciones estadounidenses de maquinaria a América Latina fueron de 5 300 millones de dólares, pero en igual período de 1983 sólo sumaban 2 950 millones. Las reducciones fueron menores en equipo de transporte, productos químicos y otras manufacturas, aunque igualmente representan un freno a la recuperación. El total de las exportaciones de Estados Unidos a América Latina, que en 1981 había alcanzado un máximo cercano a los 39 000 millones de dólares, se redujo a 30 000 millones en 1982 y en la primera mitad de 1983 no llegó a 11 000 millones.[16]

La recuperación estadounidense es sólida, mas se apoya en un déficit fiscal que eleva las tasas de interés y descapitaliza al resto del mundo. Europa, pese a ello, pudo iniciar una débil recuperación, pero los servicios de la deuda del Tercer Mundo ahogan sus posibilidades de importación y de crecimiento, y ese factor puede debilitar a las economías industrializadas. La necesidad de mercados es tan grande para los europeos, que ya nadie pensó en renovar las sanciones aplicadas a la URSS a fines de 1981 por la implantación de la ley marcial en Polonia. Dichas sanciones quedaron anuladas el 1 de enero del presente año. En las relaciones con la URSS, Europa restringió importaciones de algunos productos soviéticos, más por razones de tipo proteccionista, que por otros motivos. Se trata de defender la propia producción, y con ello se pone de relieve la debilidad del mercado europeo.[17] En los años setenta, el superávit de la OPEP contribuyó a expandir el mercado del eurodólar. La baja del precio del petróleo también obligó a esos países a usar depósitos en el exterior para pagar sus importaciones. Los capitales fluyeron a Estados Unidos, alentados por el cambio ocurrido en 1979 en la política monetaria de ese país y que permitió la elevación de las tasas de interés. Ahora, las altas tasas dificultan la recuperación fuera de Estados Unidos, y también los países europeos, inclusive el Reino Unido, se quejan de las salidas de capital hacia Estados Unidos.[18]

La caída de las importaciones del Tercer Mundo es muy importante para las economías europeas por la alta dependencia del comercio exterior que tienen estos países de occidente, en comparación con otros centros del capitalismo. En efecto, en 1980, la CEE participaba en cerca de la cuarta parte del comercio mundial, sin contar las transacciones entre los países que la conforman, contra 15% que correspondía a Estados Unidos y 9% a Japón. Asimismo, si no hay un repunte generalizado en Europa, ningún país puede aspirar en forma aislada a una recuperación muy sólida, porque una gran parte de la dependencia europea del comercio exterior tiene su eje en el comercio intereuropeo. La RFA, Francia y la Gran Bretaña generan 30% de su PNB en las exportaciones; esa proporción es mucho más elevada en los países pequeños, como Holanda o Bélgica, donde es de 60 a 70 por ciento. Nadie puede tener un firme crecimiento si no hay una expansión general, salvo que obtenga ventajas decisivas de productividad o más frágiles, provenientes de la devaluación relativa. Por esos mismos motivos se hace más difícil consolidar al Sistema Monetario Europeo (SME). Por ejemplo, de principios de 1981 a fines de 1983, la libra esterlina cayó 40% frente al dólar estadounidense. El aumento del precio del dólar anuló parte de los posibles beneficios europeos que se pudieron originar en la disminución del precio del petróleo, debido a que desde octubre de 1981 a marzo de 1983, la reducción de 17.2% en el precio del crudo fue contrarrestada por un incremento promedio del dólar de 17.5% frente a la Unidad Monetaria Europea (UME).[19]

La coyuntura en algunos países europeos

Si se analiza la marcha de la coyuntura en los principales países europeos, se observa que la *República Federal de Alemania* tiene una recuperación modesta, que fue de 1% en la primera mitad de 1983. Para que la recuperación se mantenga en 1984, la inversión y las exportaciones deberán ocupar el lugar que correspondió al gasto de consumo en la iniciación del ciclo expansivo. La inflación registrada en 1983 en este país fue la más baja después de Japón entre las naciones capitalistas industrializadas; pese a dicho resultado, se mantine una severa política antiinflacionaria, acompañada de una política fiscal igualmente dura. Sus tasas de interés siguen las pautas de las de Estados Unidos.

Los pronósticos de fuente semioficial para la RFA incluyen un aumento del PNB de 2.5 a 3 por ciento durante el presente año, con una baja tasa de inflación y una mejora en el comercio de exportación. Todo eso se traducirá en una pequeña elevación del ingreso real y en una débil reducción de la tasa de desempleo. La política económica vigente para este año y los siguientes incluye cortes en los subsidios, reducción de impuestos, privatizaciones y una firme oposición a reducir las horas de trabajo en la industria, para evitar que aumenten los costos industriales. La inflación de 1984 podría ser de 3%. El comportamiento de la inversión es difícil de prever; como en casi todos los países, estuvo considerablemente deprimida en los años pasados, pero los consejeros económicos gubernamentales pronostican mejores perspectivas para 1984, con un crecimiento nominal de 6%, que se reduce a un 3% si se toma en cuenta la inflación. Como se ve, aun en este caso en que hay cierto optimismo y en que se reconoce que la inversión debe desempeñar un papel decisivo para mantener la actual orientación del ciclo, la dinámica de la inversión privada será bastante pobre.[20]

La economía germano-occidental, junto con la británica, será posiblemente la de mejor comportamiento durante el presente año en Europa. En 1985 se prevé un menor ritmo de crecimiento, probablemente de 2.5%, que aun así seguirá siendo posiblemente el mejor de aquel continente. En ese año, el Reino Unido habrá perdido dinamismo. Durante el año que empieza, se intensificará la reducción de los gastos sociales en la RFA, en cumplimiento de la política de austeridad, no abandonada a pesar del inicio de la expansión, como se dijo. Se trata del período más crítico de la posguerra y en el plano económico la principal incógnita es —cabe insistir— si la inversión privada y la exportación subirán lo suficiente como para sustituir a los gastos del consumidor como motor de la recuperación. Los consumidores confiaron en que se iniciaba un mejor período y usaron sus ahorros, pero ahora, sin un aumento en los ingresos reales, el consumo descenderá y su lugar deberá ser ocupado por una inversión que de cualquier manera será débil. En la exportación no se puede, tampoco, depositar esperanzas muy

15. Véase "Latin American debt crisis slows down bank lending", en *Financial Times*, 28 de noviembre de 1983.

16. Véase Clyde H. Farnsworth, "Third World debt means fewer jobs for Europe", en *The New York Times*, Nueva York, 11 de diciembre de 1983.

17. Véase "Nuevas barreras a las importaciones en Estados Unidos", en *Excelsior*, 23 de diciembre de 1983.

18. Véase "The libra-dollar paradox", en *Financial Times*, 3 de diciembre de 1983.

19. Véase Anatole Kaletsky, *op. cit.*

20. Véase Rupert Corwell, "Strong growth forecast for West Germany", en *Financial Times*, 24 de noviembre de 1983.

firmes, debido al probable menor dinamismo del comercio con el Este, el Tercer Mundo (incluidos los países petroleros) y Francia. Dichos mercados se encuentran afectados por la crisis económica o por graves tensiones sociales.[21] En medio de la débil recuperación subsisten los problemas en la industria, especialmente en la siderurgia, la construcción de plantas industriales y maquinaria y los astilleros. En cambio, hay más dinamismo en la industria química, la producción de automotores y la electrónica. La prensa estadounidense insiste, quizás con demasiado vigor, en que la recuperación, a la que se llegó después de dos años de recesión, estuvo limitada por los subsidios de la CEE a los agricultores. El presupuesto de la CEE será de 22 700 millones de dólares en 1984, pero los subsidios agrícolas insumirán 65% del total (61% en 1983) y la RFA cubre 30% del total de los ingresos comunitarios. El déficit presupuestario nacional, por su parte, desciende lentamente (del equivalente de 16 000 millones de dólares en 1983 a 15 300 millones en 1984 y, posiblemente, a 10 000 millones en 1987), por lo que alienta la tendencia alcista en la tasa de interés. Con todo, existe la esperanza de que la poco espectacular recuperación germana obre como fuerza propulsora de la economía de la CEE.[22]

En el *Reino Unido* el PNB aumentó 3% en 1983 y en 1984 se espera un crecimiento de 2%, que se reducirá a 1% en 1985. Las tasas básicas bancarias, que estaban en 17% en 1979-1980, bajaron a 15.5% en 1981 y a 9% a fines de 1983, pero todavía siguen siendo demasiado altas para empujar una recuperación sostenida y se teme que, si se redujeran, la libra podría caer frente al dólar, con el que tiene una paridad de alrededor de 1 a 1.5.[23] Ante una expansión que se debilita, no existen muchas razones para el optimismo; no obstante, hay menos empresas que informan sobre baja capacidad de utilización de equipos. El dato menos feliz es que las exportaciones empeoraron en la segunda mitad del año pasado, lo que algunos atribuyen al alto precio relativo de la libra frente a las monedas europeas.[24] El aspecto más positivo es la insistencia en inversiones de alta tecnología. Existe ayuda selectiva del Gobierno a la robótica y a la informática, aunque algunos opinan que esa asistencia puede tener un elevado costo de oportunidad; en estos últimos sectores se opina que el avance de la educación y de la infraestructura son alicientes suficientes para atraer inversiones en alta tecnología.[25]

Francia tendrá, posiblemente, un bajo crecimiento en 1984 (de no más de 1%), pero se espera que la recuperación cobre un poco más de fuerza en 1985, con una expansión de 1.5%. La tasa de inflación sigue siendo elevada, si bien en este año podría experimentar un descenso importante: en efecto, los precios crecieron 9.7% en 1982, de 8 a 9 por ciento en 1983 y es posible que aumenten sólo 5% durante el presente año, aunque muchos piensan que este último objetivo no se cumplirá. Por ese motivo parece inevitable una depreciación del franco en los próximos meses, que el Gobierno tratará de postergar. El país tuvo éxito en reducir su déficit en cuenta corriente a 36 300 millones de dólares en el tercer trimestre de 1983, menos de la mitad que en 1982. La deuda externa, por lo contrario, se duplicó en dos años, situándose en alrededor de 60 000 millones de dólares, con servicios en alza que obligan a mantener una política de austeridad e impedirán la reducción de las tasas de interés.

La construcción es una de las industrias que sigue estando afectada por un bajo nivel de actividad. A ello se agrega el receso en ingeniería, productos químicos, producción automovilística y de autopartes, papel, carbón y acero. El desempleo aumentó relativamente poco, debido a los retiros, pero, según los pronósticos, se perderán 400 000 puestos de trabajo desde ahora hasta dentro de cuatro años. La producción industrial es más elevada que en septiembre de 1982, en parte debido a la mayor exportación por la caída del franco. El aumento de las exportaciones, especialmente las dirigidas a la RFA y a Estados Unidos, permitió mejorar la balanza de cuenta corriente. Sin embargo, el fenómeno de la caída de la inversión industrial es particularmente agudo en Francia. Los datos disponibles indican un descenso de 5.5% en 1982 y de 4% en 1983, y existe la seguridad de que la tendencia seguirá manifestándose en 1984, pese al mayor gasto en el sector nacionalizado. El curso de la inversión privada amenaza las esperanzas depositadas en los proyectos de renovación industrial.[26] Los últimos pronósticos señalan un crecimiento cero en el presente año.

Precisamente en lo que atañe al programa industrial, el proyecto inicial del gobierno socialista de François Mitterrand fue usar las compañías nacionalizadas como modelo de un nuevo estado industrial, pero ahora, ante los resultados adversos, no se sabe qué hacer con esa política. El desmoronamiento del plan industrial, que fue la cuestión capital del Gobierno, coincide con una aceleración de la política de austeridad que empezó en abril del año anterior, que permitió reducir la inflación y mejorar las cuentas externas. Al parecer, el plan de austeridad choca con la idea de emplazar una nueva estrategia industrial que haga de Francia un país de avanzada. Tal situación no hace más que intensificar las presiones para auxiliar a la industria tradicional en quiebra y elevar el empleo. Si la austeridad requiere menos consumo y más presión tributaria, lo único que queda es intentar el camino de la exportación. Muchos discuten si no fue un error nacionalizar industrias en medio de la crisis, pues los quebrantos cayeron sobre el Gobierno. Por otro lado, la presión de los altos costos financieros es tan grande que éstos absorben 52% de las ganancias operativas, contra 36% en 1981.[27]

En resumen, puede decirse que Francia cambió su política de expansión inmediata para emprender un severo reajuste industrial, dado que —al parecer— era imposible alcanzar ambos objetivos a la vez. Sin embargo, ahora, la renovación industrial se enfrenta a los obstáculos de la política de austeridad, que limita las inversiones estatales. El gobierno atribuye las dificultades de la industria a decenios de desinversión. La política de estabilidad empezó a manifestarse con la devaluación del franco. El gobierno socialista ha modificado su política en dos líneas básicas: en lo exterior hay un alejamiento del Tercer Mundo y una más firme defensa de los viejos intereses colonialistas franceses (Líbano y Chad), mientras que, en el campo interno, el vuelco hacia la austeridad se combinó con la postergación del planteamiento del problema de la agricultura y, con él, del presupuesto en la CEE. Estos dos motivos pueden explicar el compor-

21. Véase "Bonn tries cheerleading to get a sluggish recovery rolling", en *Business Week*, Nueva York, 31 de octubre de 1983.

22. Véase "What may short-circuit Germany's recovery", en *Business Week*, 4 de julio de 1983.

23. Véase Max Wilkinson, "The interest rate conundrum", en *Financial Times*, 12 de noviembre de 1983.

24. Véase Samuel Brittan, "The pessimism industry", en *Financial Times*, 7 de noviembre de 1983.

25. Véase "The cost of intervention", en *Financial Times*, 23 de noviembre de 1983.

26. Véanse David Housego, "France counts its blessings" y Paul Betts, "France reduces current deficit", en *Financial Times*, 24 y 30 de noviembre de 1983.

27. Véase "France. The socialist's industrial policy is falling flat on its face", en *Business Week*, 24 de octubre de 1983.

tamiento de Francia en la última cumbre de la CEE, como se verá más adelante.[28]

En Europa, el peor comportamiento económico de 1983 correspondió a *Italia*, con una caída de 2% en la producción. En el segundo semestre de ese año la producción industrial llegó a reducirse 9% y hay una marcada caída en la inversión y en el consumo. La reanudación del crecimiento en 1984 será lenta y dudosa, aunque se estima una expansión de 1%, que se elevará a 2% en 1985. El Gobierno aplicó una política monetaria de austeridad a partir de 1981 y logró, en 1983, la reducción del déficit en cuenta corriente a menos de un tercio de la magnitud que tuvo en 1982, a la vez que la paridad de la lira es relativamente estable en el SME. Los signos de recuperación se deben, en parte, a la mejora de las exportaciones. A fines de 1983 la inflación era del orden de 13%, y muchos analistas la atribuían al elevado déficit fiscal y al sistema de indización. La recuperación es muy leve porque cualquier expansión considerable puede empeorar apreciablemente la inflación y la situación de la balanza de pagos. En 1984 el déficit presupuestario alcanzará una magnitud equivalente a 15% del PNB. Es posible que, a pesar de o por motivo de la incipiente recuperación, Italia no pueda eludir en los próximos meses una grave crisis financiera.[29]

Bélgica pasó tres años de recesión de 1981 a 1983. En este último año la caída del PNB fue de 0.7%, y ahora se espera un lento crecimiento en 1984, no mayor de 0.5%. Hay en marcha una política de austeridad que trata de desplazar recursos del consumo y del sector público al sector privado, para favorecer la inversión. El fin de la indización retrajo los salarios reales y el consumo, y la inflación pasó de 7 a 6 por ciento, de 1982 a 1983. El gasto público es alto, si bien se espera reducirlo a 7% del PNB en 1985 y mejorar las exportaciones, aunque esos objetivos están contrarrestados por una fuerte salida de capitales que obligó a elevar la tasa de interés interna a 10%. La incipiente recuperación se manifiesta en un repunte de los indicadores de la bolsa de valores, pero las ventas al consumidor se reducen y el desempleo no declina, pese a la mejora de la rentabilidad de las empresas. Bélgica también planeó una restructuración industrial, pero su puesta en marcha se complicó por el receso y las diferencias regionales. En efecto, en la Valonia se concentra la industria tradicional en decadencia, mientras que en Flandes la situación es mejor.[30]

También *Grecia* pasó por la peor depresión desde la segunda guerra mundial: en 1982 la producción industrial cayó 4.7%, la inflación fue del orden de 20% y la balanza en cuenta corriente tenía un saldo negativo de 2 000 millones de dólares. La inversión industrial tuvo fuertes caídas en 1981 y 1982 (-8.7 y -7.5, respectivamente), y todavía no se vuelve a la normalidad, a tal punto que el gobierno socialista de Andreas Papandreu ha planteado lisa y llanamente que si la iniciativa privada no hace más inversiones, las tendrá que hacer el Estado.[31]

Por lo contrario, los círculos vinculados a los inversionistas del exterior se quejan de la actitud ambivalente del gobierno socialista frente a la legislación para capitales extranjeros aprobada por el dictatorial gobierno de los coroneles. Mediante esta ley, Grecia atrajo capitales extranjeros, sobre todo muchos que huían de Beirut al iniciarse la guerra civil de Líbano, en 1976. La ley establecía excepciones en las contribuciones para seguridad social en beneficio de los trabajadores que no pertenecieran a la CEE, mediante la aplicación del régimen "offshore" a las compañías y ahora, al parecer, no existe seguridad con respecto al cumplimiento de dicha norma.[32]

España y *Portugal* vieron postergados sus anhelos de ingresar a la CEE después de la indefinición de la cumbre de Atenas. Sin embargo, España hizo denodados esfuerzos para adaptar la siderurgia y otras industrias a una situación de integración al mercado europeo. Aunque la reindustrialización fue excesivamente débil, se apoyó en una política de austeridad que dio como resultado un crecimiento modesto para obtener una reducción de la inflación. Esta última fue de 12% en 1983 y se espera disminuirla a 8 o 9 por ciento en el corriente año. El desempleo, que era de 8% a fines de 1978, llegó a ser el más alto de Europa, con 2.34 millones de parados, que representan 18% de la fuerza de trabajo; por desgracia, la desocupación seguirá a medida que avance la reconversión. En realidad, la integración a la CEE es el aliciente que permite soportar los sacrificios que impone la reconversión industrial que, por lo demás, no es muy consistente; por otra parte, el rechazo a la integración puede provocar nuevos brotes de aislamiento y nacionalismo económico.[33]

Algo imprevisto sucedió en el Palacio Zappion

En la primera semana de diciembre pasado tuvo lugar —en el Palacio Zappion, en Atenas— la junta en la cumbre de los diez países que integran la CEE. En la reunión cimera anterior, celebrada en Stuttgart, en junio de 1983, hubo cierta esperanza de acuerdo en materia de financiamiento del presupuesto y de política agraria, pero esa esperanza se diluyó en Atenas, debido principalmente a la postura dilatoria del presidente francés. La siguiente reunión de este tipo tendrá lugar en París, en marzo próximo.

En vísperas de la junta se había afirmado la posibilidad de un acuerdo, dado que Francia dijo que respaldaba la decisión británica de someter el gasto presupestario de la Comunidad a un estricto control ministerial, posición apoyada firmemente por la RFA. El fracaso de la CEE en Atenas fue el más serio desde que Francia abandonó temporalmente la Comunidad en 1965. Las propuestas de Stuttgart no prosperaron y ahora se plantea un abierto desacuerdo. Estos diferendos pueden observarse desde distintos aspectos, pero sólo un tratamiento más a fondo del problema permitirá abarcarlos en toda su integridad.

Puede decirse, por el momento, que Gran Bretaña exige la reducción de su cuota en el presupuesto comunitario, y de alguna manera supedita el desarrollo de la CEE a que se resuelva ese problema. Francia, apoyada por otros países, desea un previo acuerdo global para el tratamiento de los problemas pendientes. El estancamiento de Atenas dio lugar a una verdadera parálisis institucional en la Comunidad.

En Atenas se debatió la industria tradicional y la nueva tecnología, sobre la base de un informe previo. Al respecto, se planteó una política común en telecomunicaciones y biotecnología, se alentó la investigación y el desarrollo en microelectrónica de avanzada, en los procesos de información, en automatización de equipos de oficina, se promovió la integración de la computación a la industria manufacturera y el intercam-

28. Véase David Housego, "Mitterrand's smack of gaullism", en *Financial Times*, 13 de diciembre de 1983.

29. Véanse "Italy embraces its critics" y James Buxton, "IMF warns Italy of need for new economic package", en *Financial Times*, 23 y 22 de noviembre de 1983.

30. Véase "Statistical Trends: Belgium. Economy begins to turn round", en *Financial Times*, 5 de diciembre de 1983.

31. Véase "Greece. Two more nails in the coffin on private enterprise", en *Business Week*, 24 de octubre de 1983.

32. Véase Andriana Ierodiaconou, "Greece loses offshore attraction", en *Financial Times*, 22 de noviembre de 1983.

33. Véase David White, "Spain: the struggle to catch up", en *Financial Times*, 6 de diciembre de 1983.

bio de sistemas de información. La investigación deberá ser comunitaria y no limitada a los mercados nacionales, y será financiada a medias por los estados nacionales y la Comunidad. Hay una posición de regulación estatal en el área de las comunicaciones, no compartida por la Gran Bretaña.

El punto de desacuerdo fue el presupuesto. Hay ocho países que aceptan un gasto equivalente a 700 millones de UME para cinco años, pero esa propuesta fue cuestionada por la Gran Bretaña y la RFA, que desean primero la reforma presupuestaria.[34]

Margaret Thatcher había rechazado en Stuttgart el incremento en el "techo" del ingreso presupuestario mediante aportes del impuesto al valor agregado (IVA), salvo que se diera una solución definitiva y de conjunto al problema presupuestario (que revisará el aporte de cada miembro) y que se controlaran los gastos agrícolas. El Reino Unido desea que el aumento de los recursos destinados a la agricultura sea menos rápido que el crecimiento de los recursos totales. Mitterrand dio la gran sorpresa al proponer la postergación del problema presupuestario, lo que automáticamente significaba entrar en un camino sin salida, debido a la posición de la Gran Bretaña. Por otro lado, tampoco se decidió nada definitivo respecto a la adhesión de España y Portugal a la Comunidad.

Dentro de los diversos rubros del gasto agrario, el más importante en forma relativa es el de la producción láctea. Grecia trató de lograr un compromiso para reducir la producción que la excluyera, igual que a Irlanda e Italia. El Reino Unido, la RFA, Holanda y Dinamarca quieren bajar los gastos vinculados a la producción láctea y Margaret Thatcher acusó a algunos miembros de la CEE de buscar una ampliación en los ingresos presupuestarios de la Comunidad para financiar más excedentes. Por otra parte, la sobreproducción agraria europea amenaza conducir a una guerra comercial con Estados Unidos.[35]

En términos más generales, en lo atinente a la política agraria global, los cuatro países antes mencionados, que desean un corte en los gastos para productos lácteos, tienen también una posición casi común en el área agrícola en su conjunto, que contrasta con la de Francia, Grecia, Italia, Irlanda y Bélgica. La posición del Reino Unido es sujetar los gastos agrícolas a un ordenamiento financiero.

En lo que respecta al presupuesto, la RFA y el Reino Unido son los mayores contribuyentes y quieren revisar esa situación. Para ello se oponen a que se amplíen los ingresos, ya que ellos tendrán que aportar las mayores contribuciones adicionales. Después de discutir un procedimiento para controlar los gastos, Francia se opuso a debatir por el momento el problema presupuestario. La fractura en la reunión de la CEE se produjo debido a las disidencias sobre las políticas financieras de la Comunidad, pero ello encubre otras cuestiones no menos importantes, como la del gasto agrario. En tal situación, no hubo condiciones para una declaración política sobre el Cercano y el Medio Oriente, ni para dejar más claro el problema del ingreso de España y Portugal. Las indefiniciones de Atenas seguramente acentuarán las disputas con Estados Unidos.[36]

La RFA es el mayor contribuyente de la CEE. Su aporte en 1982 fue equivalente a 2 900 millones de dólares, 32% más que en 1981. Aunque la RFA critica esa situación, la CEE es un mercado decisivo para sus exportaciones. El Reino Unido aporta 20% de los ingresos y recibe 11% de los gastos, lo que le significa un gasto neto de más de 1 000 millones de dólares por año. La negociación de Stuttgart consistió en acordar una devolución en la contribución presupuestaria británica, que no podrá pagarse hasta que la CEE sea solvente, o sea, en primer lugar, hasta el momento en que exista acuerdo sobre un presupuesto viable. Asimismo, la RFA y el Reino Unido están en contra de los subsidios agrícolas que insumen la mayor parte de los ingresos comunitarios en detrimento de otras áreas y benefician a Francia, Dinamarca, Irlanda e Italia. La RFA propuso que la cuestión del subsidio agrícola se resuelva antes que el aumento de la contribución presupuestaria, y la Gran Bretaña pidió que el gasto agrícola quede limitado a una fracción del total de los recursos de la CEE.[37]

La disputa agrícola y presupuestaria

El presupuesto de la Comunidad es esencial para financiar las políticas comunitarias. El financiamiento tiene como límite un "techo" establecido de antemano. Este "techo" sólo puede modificarse mediante un acuerdo unánime entre los estados miembros y el consecuente apoyo de los respectivos parlamentos. La mayoría de los estados desea elevar el "techo", para que la CEE disponga de una parte más importante de los ingresos por recaudaciones nacionales y para que se pueda impulsar la política comunitaria. El Reino Unido aprueba el aumento del "techo" a condición de que se lleve a cabo un estricto control de los gastos, especialmente los agrícolas, y que se discuta el aporte de cada país para hacerlo más conforme con las posibilidades nacionales. El presupuesto anual de la CEE es de más de 22 000 millones de dólares, y la RFA y el Reino Unido son los que aportan más de lo que reciben.

El planteamiento británico fue atendido por los demás miembros de la Comunidad y así se acordaron compensaciones al Reino Unido, pero este país quiere resolver definitivamente el problema, terminando con las soluciones transitorias.

Sin embargo, una solución definitiva implicaría definir la política agraria común, que en la CEE suele designarse con las siglas CAP (Common Agricultural Policy). La política agrícola comunitaria tiene el objetivo general de asegurar la provisión de alimentos a los consumidores. Para ello se fijan precios de garantía y se subsidia la exportación, política que condujo a una sobreproducción agraria y a costos elevados. Quizá el caso más grave sea el de la producción láctea, cuyos excedentes deben exportarse con costosos subsidios; todo esto complica las relaciones comerciales de la Comunidad, tanto con los países industrializados como con los subdesarrollados.

En 1983, el gasto agrícola comunitario aumentó 30% y el financiamiento del programa agrario en su conjunto acaparará pronto 65% del total del presupuesto comunitario, limitando los gastos en otros rubros, tales como en investigación y desarrollo de altas tecnologías.

El Reino Unido desea que el aumento del gasto agrícola avance a un ritmo mucho menor que el del crecimiento de los recursos totales. Sostiene, también, que se debe transformar a la CEE en un verdadero mercado común y liberar el régimen del transporte y los seguros.[38]

34. Véase Paul Cheeseright, "EEC places information technology hopes on Esprit de corps", en *Financial Times*, 1 de diciembre de 1983.

35. Véanse "Crisis in the Community. . .", "European summit ends in failure" y John Wyles, "Cash crunch in Athens", en *Financial Times*, 7 y 2 de diciembre de 1983.

36. Véase John Wyles, "The EEC Summit. President Mitterrand's Exocet", en *Financial Times*, 7 de diciembre de 1983.

37. Véase "A common market end game", en *Newsweek*, 12 de diciembre de 1983.

38. Véase Geoffrey Howe, "The time for decisions", en *Financial Times*, 23 de noviembre de 1983.

Francia absorbe la parte más considerable del subsidio agrícola, para sustentar una agricultura relativamente ineficiente que ocupa 9% de su población activa (contra 2% en el Reino Unido). Los galos pueden aceptar cortapisas en el gasto agrícola comunitario, pero se resisten a limitar los subsidios. Si España y Portugal ingresaran a la CEE complicarían el problema agrícola. España es gran productor de frutas y legumbres y produce a más bajos costos que Francia o que los países del norte de Europa. Si ingresara, habría un importante cambio en los precios relativos o, si se conservaran las ventajas actuales para el sector agrario, este sector recibiría un subsidio que obstruiría completamente el presupuesto comunitario. Una de las posibilidades consiste en mantener un acuerdo para gravar el ingreso al mercado de la CEE de los productos agrícolas provenientes del sur de Europa, aun después del ingreso de España, el cual, en principio, junto con el de Portugal, quedó postergado para 1986.[39]

Los subsidios agrícolas en la Comunidad cubren la diferencia entre los precios de venta en los mercados y el precio más elevado que se garantiza a los agricultores europeos. Aunque la agricultura de la CEE es de costos relativamente altos, sus productos tienen subsidio para la exportación, lo que da lugar a conflictos con Estados Unidos y otros países de producción agrícola, los que, además, tienen trabas para vender sus productos en Europa. Por otra parte, como en 1983 no hubo acuerdo en la cumbre de Atenas, será difícil fijar los precios del sector para el año en curso.

La disputa en materia agrícola tiene gran influencia sobre el porvenir de los costos industriales. Los productos agrarios más baratos dan la posibilidad de una mano de obra más barata y, por consiguiente, de menores costos industriales. Al mismo tiempo, si el agro no absorbiera tantos recursos de los ingresos comunitarios, se podrían incrementar las inversiones en los sectores de alta tecnología, pero esto también está ligado con la subsistencia de la industria tradicional y fragmentada en mercados nacionales o con la industria integrada. A su vez, la integración puede no tener lugar dentro de las fronteras de la Comunidad. Por ejemplo, en el rubro de telecomunicaciones hay una intensa colaboración entre Francia y la RFA; en cambio, el Reino Unido eligió sistemas más compatibles con los de Estados Unidos, que no se pueden integrar a los franco-alemanes. En muchos sectores crece el convencimiento de que sólo un sistema europeo integrado en las diversas ramas de la industria sería capaz de competir con Estados Unidos y Japón.

39. Véase "A common market end game", *op. cit.*

Conclusión

La recuperación europea, mucho más débil que la estadounidense, empezó un año después que ésta, a fines de 1983. La recuperación se intensificará este año y quizás en 1985, aunque según cálculos de organizaciones privadas habrá una declinación en 1986. De ahí que 1985 será, sin duda, crucial para definir el porvenir económico. Si en ese año no están ya en marcha los cambios estructurales que la economía mundial y la europea necesitan, el ciclo expansivo empezará a agotarse inexorablemente y la presente reactivación se insertará en una verdadera onda recesiva de más larga duración.

Este problema ya se refleja indirectamente en las disputas del presente. La RFA y el Reino Unido creen que estimular la expansión a corto plazo no tendrá porvenir y que la tarea consiste en transformar las estructuras industriales a largo plazo, para lo cual se necesita conformar un mercado de trabajo diferente, reorganizar las finanzas públicas y bajar los costos agrícolas. Francia está más inquieta por lo que pasa en el corto plazo, buscando afirmar la presente recuperación. No es que Francia no asigne importancia a las transformaciones estructurales, ya que el programa socialista se inició dándoles preferencia. Lo que sucede es que la transformación industrial en medio de la recesión puede debilitar en forma decisiva a los países cuyas industrias quedaron más rezagadas. Para evitarlo, habría que buscar otros métodos, que incluyen una mayor intervención del Estado y la combinación adecuada del cambio estructural con la reactivación inmediata.

En definitiva, la definición con respecto al cambio pasa por la prevalencia del enfoque nacional o regional, por poner el acento en la interdependencia o en las aspiraciones nacionalistas y, a la vez, en los métodos que conduzcan a ese cambio estructural. En la concepción británica y germana prevalece el criterio del mercado libre, que posiblemente tendrá un resultado más selectivo. Francia, en cambio, busca la concertación y la mayor intervención del Estado, para evitar el rezago de las naciones que necesitan mayores cambios estructurales. En el Reino Unido empieza a verse el esfuerzo realizado en nuevas industrias de punta, especialmente la electrónica.

De cualquier manera, por uno o por otro camino, Europa necesita más mercados. De ahí las disputas de competencia con Estados Unidos, las situaciones que llegaron al borde de la guerra comercial, las querellas por las tasas de interés y las diferencias con respecto a los mercados del Este y del Tercer Mundo. Europa necesita relaciones más fluidas con la Unión Soviética y los países socialistas y, a la vez, más asistencia financiera para África y las antiguas colonias, porque constituyen mercados para sus productos. En estas disputas, que no siempre encuentran un frente europeo unido, el principal contrincante es invariablemente Estados Unidos. Este último país, a la vez, confiere cada vez más importancia al Pacífico, en detrimento del Atlántico, por la presencia en esa zona de Japón y de algunos nuevos países industrializados. En los años setenta, 80% del aumento de las importaciones estadounidenses provino de los mercados del Pacífico. En esta disputa permanente con Estados Unidos, Europa está en una situación más débil después del fracaso de Atenas.

Podría decirse que la cuestión decisiva radica en cómo se definirá el derrotero económico en el mediano y largo plazos, para ver si la reactivación tiene una consistencia más firme que sólo podrá provenir de los cambios estructurales en la industria. En definitiva, ninguna de las cuestiones planteadas es estrictamente económica. Si se piensa en un reordenamiento futuro, habrá que tomar en cuenta, sin duda, una determinada estructura de poder. En el mundo capitalista ese poder volverá a ejercerlo en forma hegemónica Estados Unidos o este país lo compartirá en mayor proporción con Europa y Japón. En el presente, Europa no lucha sólo por salir de la recesión que la afligió hasta hace pocos meses, sino por definir su lugar en ese mundo del futuro. Todas las cuestiones presentes pueden situarse en esa perspectiva, desde la que adquieren una dimensión más amplia. Así, por ejemplo, la valorización continua del dólar puede implicar la marcha hacia una hegemonía estadounidense casi completa. Si las tasas de interés bajaran y el dólar dejara de estar tan sobrevaluado frente a las divisas europeas, probablemente se abriría el camino hacia un poder más compartido dentro del ámbito capitalista. Todas estas cuestiones son de naturaleza esencialmente política. Por eso, no hay que perder de vista los distintos enfoques estratégicos en la discusión de la coyuntura económica. Sólo así, la economía encontrará una lógica que no tiene por sí misma. □

Carlos Ábalo